



## 24

### Jesucristo resucitado de entre los muertos

**C**ontinuamos en este espacio sobre la vida espiritual cristiana, deseando a todos esa paz y ese gozo que nos transmite el Señor resucitado y vivo que está siempre con nosotros. Seguimos adelante en este camino tratando aspectos de la vida espiritual.

Para iluminar nuestra vida cristiana a la luz de la bendición de Dios, hablábamos en las anteriores meditaciones del sacrificio de Cristo, aspecto central de toda nuestra fe cristiana. Veíamos cómo el Señor se ha ofrecido al Padre pidiendo su propia glorificación y la salvación del mundo, la salvación de la humanidad. El Padre ha respondido a la ofrenda de Jesús, a la ofrenda del Hijo encarnado y crucificado, abrazándole y dándole la gloria de la resurrección. Realmente el Señor está resucitado.

Hoy el tema de nuestra meditación es: “**Jesucristo resucitó de entre los muertos**”. Enseguida nuestra mirada se va hacia el Señor resucitado, pero es importante que no se nos pase un aspecto decisivo del misterio y es la muerte del Señor. Cristo murió, y podía haber resucitado nada más morir pero no fue así: *Jesucristo no sólo murió sino que además estuvo muerto. El Señor experimentó el estado de muerte y al tercer día resucitó de entre los muertos.*

**Jesucristo estuvo muerto.** Afirmamos precisamente este estado de muerte justo en el Credo cuando proclamamos la resurrección, porque decimos: **Resucitó**. ¿De dónde? **Resucitó de entre los muertos**. Por lo tanto se afirma previamente que Jesús ha estado entre los muertos. ¡Misterio impresionante del amor de Dios! Misterio que nos acerca a las dimensiones increíbles, a la locura del amor de Dios por los hombres. Misterio importante para nuestra salvación.

Vamos a dejar que nos guíe una palabra de la liturgia, la antífona de entrada de la Misa del día de Pascua de Resurrección.

**Texto (Antífona de entrada, Misa Domingo Resurrección)** \_\_\_\_\_

*«He resucitado y siempre estoy contigo, tú has puesto sobre mí tu mano, tu sabiduría ha sido maravillosa. Aleluya»*

Estas son las primeras palabras que pone la liturgia de la Iglesia el Domingo de Pascua, día de la Resurrección. En esta primera parte, vamos a dejarnos guiar por las palabras del Santo Padre Benedicto XVI en la homilía de la Vigilia Pascual de 2007, que comienza con estas palabras:

**Texto (Homilía de Benedicto XVI el 7 de abril de 2007)** \_\_\_\_\_

*«Desde los tiempos más antiguos la liturgia del día de Pascua empieza con las palabras: «**he resucitado y siempre estoy contigo; tú has puesto sobre mí tu mano**». La liturgia ve en ello las primeras palabras del Hijo dirigidas al Padre después de su resurrección, después de volver de la noche de la muerte al mundo de los vivientes. La mano del Padre lo ha sostenido también en esta noche, y así Él ha podido levantarse, resucitar».*

Jesús dice al Padre: **«He resucitado»**. Y lo dice después de volver de la noche de la muerte al mundo de los vivientes, al morir el Señor en la cruz ha entrado en la noche de la muerte y por la resurrección vuelve al mundo de los vivientes. Y es la mano del Padre la que le ha sostenido en esa noche de la muerte, y así Jesús ha podido levantarse y resucitar.

El Señor ha muerto en la cruz pero no había bajado todavía a lo más profundo. Al Señor le faltaba bajar y abrazar a los más pobres de los pobres que son los que han muerto, los que estaban en un lugar esperando un redentor, porque habían muerto y no tenían acceso a Dios. Es precisamente lo que nos hace profundizar en esa declaración que hacemos en el Credo: “**Cristo descendió a los infiernos**”. ¿Qué ocurrió entonces? El Papa Benedicto XVI nos dice:

*«Los iconos pascuales de la Iglesia oriental muestran como Cristo entra en el mundo de los muertos. Su vestido es luz, porque Dios es luz. “La noche es clara como el día, las tinieblas son como luz” (cf. Sal 138 (139), 12). Jesús que entra en el mundo de los muertos lleva los estigmas: sus heridas, sus padecimientos se han convertido en fuerza, son amor que vence la muerte. Él encuentra a Adán y a todos los hombres que esperan en la noche de la muerte. A la vista de ellos parece como si se oyera la súplica de Jonás: “Desde el vientre del infierno pedí auxilio, y escuchó mi clamor” (Jn 2,3).»*

La muerte ha producido en Jesús una separación entre el alma y el cuerpo. Es el estado de muerte.

El cuerpo queda sin vida, yace cadáver. Y ese cuerpo bendito, el cuerpo santo del Señor es tomado de la cruz y puesto en las manos de María que lo abraza. Después es puesto en el sepulcro y cerrada la losa, el cuerpo sin vida del Señor yace cadáver esperando el momento de la resurrección.

Por el contrario, el alma pervive porque el alma es espiritual. Y, por tanto, permanece en vida en la medida en que Dios mantiene el don de la creación y del ser. El alma de por sí es inmortal porque es espiritual. En Jesucristo, la parte material, su cuerpo humano ha perdido la vida, el alma no. **El Señor con su alma desciende a la morada de los muertos y allí encuentra las almas** de los difuntos, **de los que han muerto antes que Él y están esperando al redentor**. Las *almas de los justos* que están esperando que alguien les abra el camino hacia Dios. Ahí ha entrado el Señor a buscar a Adán, a Eva y a todos los hombres que esperan en la noche de la muerte; ellos claman a Dios. *«Desde lo hondo de la morada de los muertos grité y tú escuchaste mi voz»* (Jon 2,3). Ha llegado el momento, Dios ha oído el clamor de los difuntos y ha entrado a buscarles.

Sigue diciendo Benedicto XVI:

*«El Hijo de Dios en la encarnación se ha hecho una sola cosa con el ser humano, con Adán.*

*Pero sólo en aquel momento, en el que realiza aquel acto extremo de amor descendiendo a la noche de la muerte, Él lleva a cumplimiento el camino de la encarnación.*

*A través de su muerte Él toma de la mano a Adán, a todos los hombres que esperan y los lleva a la luz».*

*Anástasis (= Resurrección<sup>1</sup>)*

*Fresco en la Basílica de San Salvador de Cora  
(Estambul) Turquía*



El Santo Padre nos recuerda esta verdad fundamental. La Encarnación es un proceso de amor por el cual Dios se desposa con la humanidad pecadora para salvarla; por eso Él tenía que llegar todavía más allá del momento de la cruz, porque todavía faltaban los más pobres entre los pobres, que son los muertos: aquí, en el descenso a la morada de los muertos, Dios realiza el acto extremo de amor descendiendo a la noche de la muerte y lleva entonces a cumplimiento el camino de la encarnación.

<sup>1</sup> En Oriente, la iconografía de la Resurrección (en griego “Anástasis”) se asocia con el descenso de Cristo a los infiernos antes de resucitar.

Jesús muerto entre los muertos como un muerto más, solidario y corriendo la misma suerte de los muertos. Pero el Señor baja como quien es: Él es el Hijo de Dios, la segunda Persona de la Trinidad, Él es Dios y en su alma humana va al encuentro de las almas de los difuntos, de los hombres que han muerto, de los justos que esperan al Salvador. Por lo tanto, a la vez que participa y hace suya la situación de los muertos, baja como el Salvador.

Jesucristo baja para anunciar la salvación, Dios mismo que es Luz está presente entre los muertos, la muerte empieza a ser vencida con la presencia del Hijo de Dios encarnado, presente –unido a su alma– en la morada de los muertos. Y se pregunta el Papa Benedicto XVI: ¿Qué ocurrió en la morada de los muertos? ¿Qué novedad trajo Cristo?:

*«¿Qué novedad ocurrió realmente allí por medio de Cristo? El alma del hombre, precisamente, es de por sí inmortal desde la creación, ¿qué novedad ha traído Cristo? Sí, el alma es inmortal, porque el hombre está de modo singular en la memoria y en el amor de Dios, incluso después de su caída. Pero su fuerza no basta para elevarse hacia Dios. No tenemos alas que podrían llevarnos hasta aquella altura. Y, sin embargo, nada puede satisfacer eternamente al hombre si no el estar con Dios. Una eternidad sin esta unión con Dios sería una condena. El hombre no logra llegar arriba, pero anhela ir hacia arriba: ¡Desde lo hondo a ti grito!».*

El Papa parte de la diferencia en nuestra única naturaleza humana: la distinción entre alma y cuerpo. El cuerpo está muerto y yace cadáver en el sepulcro, pero el alma del hombre, como nos sucederá a cada uno de nosotros, desprendida del cuerpo pervive. Y entonces aquí nos hace caer en la cuenta de otra distinción fundamental: una cosa es que el alma sea inmortal y otra cosa es que tenga acceso a Dios; no confundir esto es fundamental. El alma es inmortal porque es espiritual, pero no por ser inmortal tiene acceso a Dios, **sólo Dios puede dar al hombre acceso a Él.**

Y entendamos que esto es algo maravilloso, porque es un don de Dios participar de la vida de Dios. Por eso el hombre no puede por sí mismo llegar a Dios, no tiene alas que le puedan llevar a Dios, no logra llegar hasta arriba –nos dice el Papa–. Pero anhela ir arriba: su gran deseo, el mayor deseo es poder ver a Dios, participar de la vida de Dios. **Y es Cristo, presente ahora entre los muertos, quien puede y va a realizar la gran obra: llevar a los muertos hasta Dios.**

*«Sólo Cristo resucitado puede llevarnos hacia arriba, hasta la unión con Dios, hasta donde no pueden llegar nuestras fuerzas. Él carga verdaderamente la oveja extraviada sobre sus hombros y la lleva a casa. Nosotros vivimos agarrados a su Cuerpo, y en comunión con su Cuerpo llegamos hasta el corazón de Dios. Y sólo así se vence la muerte, somos liberados y nuestra vida es esperanza».*

Jesucristo es el que nos salva, y más que nunca en la morada de los muertos descubrimos cómo Cristo es salvador. Los muertos en su alma impotentes por llegar a Dios reciben la visita de Dios encarnado que desciende en su alma humana. Por consiguiente, los muertos a partir del momento de la resurrección de Cristo, participan en su alma de la gloria de Dios.

Dios mismo que visita la morada de los muertos abre los portones de la muerte. El Señor ha vencido la muerte pasando por ella y ahora es el que tiene las llaves de la muerte y de la vida, es el Señor de vivos y muertos. Es el último capítulo del descenso del Señor para abrazar a toda la humanidad, no debía abrazar solo a los vivos sino también a los muertos. **Y es, desde lo más profundo de la miseria del hombre, desde la pobreza más radical, desde el mundo de la muerte donde Cristo será glorificado. ¡Bendito seas Jesucristo que nos has salvado!**

*«En la oscuridad impenetrable de la muerte Él entró como luz; la noche se hizo luminosa como el día, y las tinieblas se volvieron luz. Por esto la Iglesia puede considerar justamente la palabra de agradecimiento y confianza como palabra del Resucitado dirigida al Padre: “Sí, he hecho el viaje hasta lo más profundo de la tierra, hasta el abismo de la muerte y he llevado la luz; y ahora he resucitado y estoy agarrado para siempre de tus manos”».*

«**He resucitado Padre y siempre estoy contigo**». Son las palabras que dirige Jesús al Padre en la resurrección después del descenso a lo más profundo del abismo, a la morada de los muertos. Jesús habla con el Padre: «**He resucitado Padre y siempre estoy contigo, Tú has puesto sobre mí tu mano. Tu sabiduría ha sido maravillosa**». Palabras que la liturgia pone en nuestros labios y en nuestro corazón, para que caigamos en la cuenta de cómo la Resurrección es un acontecimiento que ha sucedido en lo más profundo de la Trinidad.

¡Sí! La Resurrección es un acontecimiento que ha sucedido entre las personas divinas. El Padre abrazando a Jesús en el Espíritu Santo lo ha resucitado. Jesús, el Hijo de Dios en su humanidad ha clamado, ha orado, ha ofrecido el sacrificio de sí mismo y recibe la respuesta de amor del Padre con infinito reconocimiento y gratitud: «**He resucitado Padre y siempre estoy contigo**».

Tenemos que caer en la cuenta, que la resurrección es ese encuentro de amor maravilloso donde participan las tres personas divinas. Al fin se ha cumplido el deseo eterno de Dios cuando decidió realizar la Creación, decidió crear al hombre para que formara parte de su vida, para hacerle partícipe de su vida. Dios nos ha hecho sitio dentro y ha querido que la humanidad forme parte de Él. Y el Señor ha querido realizar esto a través de la Encarnación redentora. Para que el hombre llegue hasta Dios, Dios mismo ha descendido y uno de la Trinidad, el Hijo, la segunda Persona de la Trinidad, se ha hecho hombre y es hombre para siempre.

Y ahora por fin en la resurrección, el Hijo en su humanidad, participa plenamente de la condición divina, está plenamente glorificado, realmente en su humanidad es portador plenamente de la divinidad. Él lleva e irradia la gloria de Dios, es el gozo exuberante del Padre que tiene ante sí al Hijo, no solo Dios sino al Hijo Dios encarnado y glorificado, al Hijo hecho hombre glorioso, lleno de la gloria de Dios. Y el Padre lo ha hecho en el abrazo del Espíritu Santo, en ese abrazo de amor que, a través de la persona divina del Espíritu Santo, ha glorificado la humanidad entregada y sacrificada de Jesús. Es el gozo inefable de las tres Personas divinas.

San Ignacio, en el mes de ejercicios, al llegar la cuarta semana, en la última etapa, invita a meditar las apariciones de Cristo resucitado y pide esta gracia grande: *Compartir el gozo de Cristo, congozar con Cristo, pedir la gracia y la alegría que tiene Jesús resucitado*. Queremos pedirle esto al Espíritu Santo: *¡Espíritu Santo introdúcenos en el gozo divino, introdúcenos en el gozo inenarrable de la Resurrección del Señor, concédenos la alegría de Cristo resucitado!*

Y esa resurrección podemos imaginarla del siguiente modo. Recordamos bien aquella escena del hijo prodigo, cómo el hijo vuelve a la casa del padre y cómo el padre viendolo venir de lejos corre hacia él, lo besa, lo abraza. Este es un signo precioso para comprender lo que ha sido la Resurrección. ¡Sí! Jesús, después de su vida terrena y sobre todo de su dolorosa Pasión, vuelve ahora a la casa del Padre.

Podemos objetar: ¡No!; Él no es pecador. ¡Claro que no! Pero si recordáis la tercera parábola de la misericordia en el capítulo quince de san Lucas, va precedida de otras dos. La primera nos habla del buen pastor que viendo a la oveja perdida lo deja todo, va a buscarla, la coge y la lleva sobre los hombros.

Sí, Jesús es el Hijo de Dios, el Dios vivo que ha descendido a buscar a los que ha querido hacer sus hermanos, ha venido como buen pastor a buscarnos a todos y a cada uno de nosotros, ha venido a buscarnos personalmente y como buen pastor nos ha tomado y nos ha puesto sobre sus hombros. Se ha revestido de nosotros, nos ha tomado sobre sí. Y así lleno de nosotros, revestido de la humanidad ha clamado al Padre en la pasión y en la cruz. Y el Padre ve al Hijo que descendiendo a la tierra, mira, clama, pide y vuelve hacia Él. Y el Padre lo abraza y lo llena de la gloria de Dios en el Espíritu Santo; y al abrazar al Hijo nos abraza a todos nosotros que estamos en Él. Esta es la resurrección indescriptible del Señor.

Y esta resurrección de Jesucristo es un acto permanente de amor, porque la gloria del Señor es permanecer en ese abrazo constante del Padre que lo envuelve en la gloria con el Espíritu Santo. El Padre abraza constantemente al Hijo y lo llena de su gloria, al Hijo que está constantemente ofrecido, alabando al Padre, portador de todos nosotros que estamos incluidos en ese abrazo de amor.

¡Qué maravilla! Jesús glorioso, Jesús gozando por fin de poder ser hombre hasta las últimas consecuencias, de llegar a ser hombre en plenitud como ha sido soñado por Dios desde toda la eternidad. Hombre verdadero participando de la gloria de Dios, es decir, la humanidad participando del mismo ser de Dios. Dios nos ha hecho parte de sí. La humanidad, ya para toda la eternidad, forma parte de Dios.

Y Jesús resucitado es el Hijo de Dios encarnado, crucificado, resucitado y glorioso, portador de las llagas de la pasión para siempre. Es aquel que siente, vive, ama y se expresa humanamente, Él que es Dios y está glorificado. Jesús nos ama eternamente, no solo como Dios sino como hombre pleno, como hombre glorificado, divinizado, que participa de la gloria de Dios. Y Él ahora vive irradiando la gloria de Dios a la humanidad: Él vive para nosotros, para comunicarnos su vida.



*«He resucitado Padre y siempre estoy contigo, Tú has puesto sobre mí tu mano. Tu sabiduría ha sido maravillosa».* Ahora que está glorioso ante el Padre, a Jesús Señor le brota, desde lo más profundo, una oración de agradecimiento hacia Él:

*«Gracias Padre, porque has querido que yo me hiciera hombre. Gracias porque quisiste que me encarnara por obra y gracia del Espíritu Santo en el seno virginal de mi madre María; porque Tú has querido que yo, siendo Dios, me hiciese hombre de verdad, me hiciese uno con los hombres, me hiciese hombre para siempre. Y, en tu sabiduría, has querido que me despose verdaderamente con la humanidad, que abrace a todos los hombres, que los haga parte de mí; has querido que yo descienda hasta lo más profundo de la miseria humana, que pudiera abrazarla, que pudiera hacerla mía, que yo pudiera asumir a cada uno de los hombres y mujeres que existen y van a existir.*

*Y has querido Padre que descendiera a la morada de los muertos para que nadie escapara de mi abrazo, de mi dominio, de mi unión. Y desde ahí, desde lo más profundo del abismo de la muerte, me has resucitado y ahora, lleno de los hombres, estoy ante ti, hombres a los que ves en mí porque los he asumido, los llevo en mí, Padre, aquí me tienes, en ofrenda continua ante ti intercediendo por ellos. Alabanza de tu gloria. Y ahora vivo para irradiar la divinidad y la redención de la que soy portador*

*Gracias Padre. Has puesto sobre mí tu mano, me has sostenido en todo el camino hasta la muerte de cruz, y hasta el descenso a la morada de los muertos. Has puesto sobre mí tu mano y me has resucitado. Glorioso estoy contigo para siempre. Has respondido a mis peticiones, has acogido la súplica que te hacía en mi oración sacerdotal antes de padecer: ‘Padre, glorifícame con la gloria que yo tenía junto a ti antes de que el mundo existiese’. Gracias Padre, porque me has escuchado.*

*Y ahora permites que cumpla lo que también te pedía: Glorifícame para que yo pueda dar vida eterna a los que me has dado. Esta va a ser mi glorificación, así te voy a glorificar a partir de ahora, irradiando y difundiendo la vida a toda la humanidad en el Cielo, purificando a los que están en el purgatorio, haciendo salir de la muerte a la vida a los que caminan en la tierra. Irradiando el perdón y la divinización.*

*Sí, Padre, ¡qué sabiduría tan grande! Y lo tengo que hacer a través de mi Cuerpo, que es la Iglesia, Gracias, Padre, tu sabiduría ha sido maravillosa.*

Dialogo precioso entre Jesús y el Padre.

Benedicto XVI, en la homilía citada, también decía cómo las palabras que pone la liturgia en boca de Cristo dirigidas al Padre son palabras que también pueden dirigir el Resucitado a nosotros:



*«Pero estas palabras del Resucitado al Padre se han convertido también en las palabras que el Señor nos dirige: “He resucitado y ahora estoy siempre contigo”, dice a cada uno de nosotros. Mi mano te sostiene. Dondequiera que tu caigas, caerás en mis manos. Estoy presente incluso a las puertas de la muerte. Donde nadie ya no puede acompañarte y donde tú no puedes llevar nada, allí te espero yo y para ti transformo las tinieblas en luz».*

Qué paz nos tienen que dar estas palabras, son como el saludo que nos dirige Cristo resucitado en el día de la Resurrección. Son palabras para caer en la cuenta del misterio del que nosotros somos contemporáneos en la Iglesia: vivimos con Cristo resucitado, y de su mano recorremos los misterios de su vida terrena.

El Señor nos dirige hoy esta palabra: *«he resucitado y siempre estoy contigo»*. Son la consecuencia de la realidad: **el Señor está resucitado y por eso está siempre con nosotros**. Son las últimas palabras de Cristo al final del evangelio de san Mateo: *«yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo»*. Son las palabras que nos repite hoy el Señor: *«he resucitado y siempre estoy contigo»*.

El descenso del Señor a la morada de los muertos nos hace caer en la cuenta de algo importante que nos recordaba Benedicto XVI. El Señor se ha encarnado, ha compartido la vida terrena, ha descendido a la morada de los muertos y desde allí ha resucitado. Esto quiere decir que nada está fuera del alcance de Cristo: no hay un solo lugar, no hay un solo tiempo al que Cristo no haya alcanzado. Por lo tanto, ya **no hay límite, no hay muros, no hay confines para Jesucristo resucitado**, Señor vencedor del pecado y de la muerte. En todo lugar, en todo tiempo el Señor se hace presente, por eso **Él está siempre con nosotros, iluminándonos con su luz**.

Qué maravilla es tener la certeza de esto: **Jesús ha resucitado**. Los iconos de la Iglesia oriental, que le representan vestido de blanco, nos ayudan a comprender que el Señor es luz, que abraza y toma de la mano a Adán y Eva como signo de todos los muertos que esperan la salvación. *El icono oriental* nos hace ver que la Resurrección sucede desde ahí, desde la morada de los muertos, haciéndonos entender una cosa muy importante que desgraciadamente, a veces, no tenemos nada clara: *Cristo ha sido glorificado, pero en esa misma glorificación ha dado la vida a los muertos y los ha llevado consigo junto al Padre*. Por tanto, hablar de resurrección es hablar no solo de glorificación de Cristo sino de comunicación de la vida divina a los hombres: **la Resurrección del Señor no es algo que le afecta solo a Él sino que, desde el mismo momento de la resurrección, significa irradiación de la salvación y de la vida a los hombres**.

Casi todos conocemos la *imagen del Cristo de la Misericordia Divina*, difundida especialmente a través de la espiritualidad de santa Faustina Kowalska, a la que tanto quería Juan Pablo II. Un Cristo vivo, glorioso y resucitado, mirando de frente, bendiciendo con la mano, y saliendo de su corazón rayos de luz rojos y blancos, que evocan la sangre y el agua de su costado. El Señor vivo irradia. El Señor vivo es fuente.

***¡Jesús ha resucitado y está siempre con nosotros!***  
***Es Cristo glorioso y vivo.***  
***Miradle radiante y luminoso.***  
***¡Es el Señor!***

Cristo glorioso y resucitado vive irradiando la gloria que tiene y por lo tanto, tan verdad es que está glorioso como que comunica la gloria. Tan verdad es que goza con el Padre y el Espíritu Santo como que goza al compartir su gloria, su vida y su salvación. Y lo hace de modo adecuado a cada lugar de la Iglesia: En el Cielo: *a los Ángeles y a los Santos les comunica la gloria*. En el Purgatorio: *Jesucristo purifica a los que esperan todavía llegar a ver la gloria de Dios en el Cielo*. Y en la tierra: *en fe y en carne mortal, nos comunica la salvación adecuado a la condición que tenemos*.



Próximamente meditaremos más en profundidad este misterio central: **la presencia del Señor**, clave para entender nuestra vida cristiana. Quedémonos ahora con el anuncio fundamental: ***El Señor está vivo, el hombre participa de la gloria de Dios para siempre***. Después del Señor ha sido comunicada la vida a los muertos, a los justos que esperaban la salvación y que alguien les diera acceso al Cielo. Y de manera singular a nuestra Madre María, que goza de la gloria de Dios en cuerpo y alma. Nuestra Madre María participa de la gloria del Señor también resucitada.

Jesús resucitado está en el Cielo y, a la vez, está siempre con nosotros en la tierra. Y ser cristiano es aprender a vivir con Cristo vivo, aprender a vivir la verdad. La fe es acceder a la realidad, es descubrir cómo Dios nos hace conocer la verdad. La fe no es una idea bonita, una manera de pensar junto a otras. La fe es la verdad real, es la realidad a la que nos da acceso Dios.

Dios existe antes y después de la creación, guía y acompaña la historia en todo momento. Él nos hace conocer lo que está más allá de los sentidos, porque la realidad no se reduce a lo que captan nuestros sentidos, a lo que yo siento, a lo que yo palpo, quiero, pienso o entiendo. La realidad va más allá.

Recordad lo que decimos en el Credo: «Creo en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible...». Porque la creación no se reduce a lo visible, a lo material, a lo accesible a los sentidos. **Una de las dimensiones de la fe es que nos hace conocer lo que está más allá del alcance de nuestros sentidos.**

La fe nos hace conocer la realidad más cierta. El Señor está resucitado y esto es más verdadero que yo mismo, más verdadero que lo que captan mis sentidos, de lo que yo soy capaz de conocer, porque Cristo es el que sostiene el mundo, es el Creador, el Salvador, el santificador. Él es el que me sostiene. Cristo glorioso está presente aunque no le veo. Él es el que está realmente presente aunque escondido, lleno de amor, compañero de camino. Y si el Señor está presente, tenemos que aprender a descubrir su presencia llena de amor.

El Catecismo de la Iglesia Católica en su comentario sobre el descenso de Cristo a los infiernos (*núms. 631 al 638*), nos ayuda a distinguir el “*infierno*” de los “*infiernos*”. Cuando hablamos del “*infierno*” en singular, en nuestro lenguaje significa el lugar de la condenación. Cuando hablamos de “*infiernos*” en plural, que es de lo que habla el Credo en este artículo, estamos hablando de la morada de los muertos, del lugar donde iban las almas después de la muerte. Y hay que distinguir en esta situación: *antes y después de Cristo*, por un lado; y *justos y condenados*, por otro. **El Señor descendió a sacar del abismo a las almas de los justos.** De manera que Cristo, después de su descenso y de su glorificación, ha abierto la morada de los muertos.

Esto significa que a partir de la Resurrección de Cristo, si uno se deja santificar plenamente por Dios en esta tierra, después de morir en santidad, el alma va directamente al Cielo. En caso contrario, es decir, si se muere en gracia de Dios pero no con plena santidad, es necesario recibir purificación en el purgatorio, purgatorio que es siempre un estado de salvación.

¿Qué pasa después de la muerte? Guardar silencio, no querer hablar acerca de la muerte es escapar de la realidad de la vida, porque la muerte nos va a alcanzar a todos. Por lo tanto, es importante saber lo que pasa después de la muerte. El estado de muerte significa que el alma queda separada del cuerpo, el cuerpo queda sin vida, la parte corporal y material muere, pero la parte espiritual del hombre pervive, el alma como es espíritu no corre la suerte del cuerpo. El hombre pervive en el alma.

Tras la muerte, a la persona humana que pervive en el alma ¿qué le sucede? Depende de cuál haya sido su respuesta a Dios: 1º) Si después de todo el camino de búsqueda, de gracia y de amor de Dios, se ha resistido y ha rechazado positiva y voluntariamente a Dios se pierde y esa persona desciende al infierno, es la condenación. 2º) Si esa persona ha muerto en gracia pero necesita purificación va al purgatorio, y 3º) Si esa persona en su alma ha muerto en santidad, aunque no sea declarada santa en la tierra, va directamente al Cielo.

¿Qué sucede en la muerte? El alma se separa del cuerpo. El cuerpo yace cadáver y es enterrado. Y nuestra alma va al lugar que le corresponde según haya sido su respuesta a Dios. Sabemos que Dios en su misericordia desea más que nadie la salvación de todos.

Por último, ¿con qué resucitamos? Con el cuerpo que Dios nos ha dado porque no tenemos otro. Porque Dios salva al hombre como ha sido creado, en unidad de cuerpo y alma. Una cosa es que el cuerpo haya sido destruido y otra cosa es que Dios no nos pueda devolver nuestro cuerpo. Dios tiene poder para eso y para mucho más. Además, el Señor ¿con qué cuerpo resucitó? Con el que depositaron en el sepulcro. Es verdad que ese cuerpo no se corrompió, el cuerpo de los hombres sí se corrompe una vez que muere, pero eso no es ningún problema para el poder omnipotente de Dios, para Dios todopoderoso.

Por lo tanto, primero pervivimos en el alma y al final de los tiempos vendrá la resurrección, donde el Señor nos devolverá este cuerpo que hemos recibido de nuestra madre, este cuerpo con el que hemos crecido, con el que hemos padecido, con el que hemos amado, que ha sido templo del Espíritu Santo, este cuerpo que ha sido mano de Dios en esta tierra para hacer el bien.

Esta es la fe de la Iglesia, la verdad que nos tocará vivir a todos. Después de la muerte viviremos en el alma viendo a Dios o esperándolo ver cuanto antes, y aguardando la resurrección de nuestro cuerpo al final de los tiempos.

***Cristo resucitó de entre los muertos ¡Aleluya!***

Nos despedimos con el saludo que hacía un gran santo de la Iglesia Oriental, san Serafín de Sarov, a él le gustaba saludar así:

***Alegría mía, ¡Cristo ha resucitado!***

También yo os lo digo a todos:

***Alegría mía, verdaderamente ¡Cristo ha resucitado!***



*Meditación de Miguel Ángel Pardo en el programa "Dame de beber" de Radio María emitido desde el Centro de Espiritualidad del Corazón de Jesús de Valladolid, el 23 de marzo de 2008*



## SUGERENCIAS PARA ORAR

*Algunas orientaciones que nos pueden ayudar en la lectura personal y a la comprensión del texto:*

### *Paso a paso...*



#### *Invocación al Espíritu*

Pide que te ilumine y te abra a la comprensión de la Palabra



#### *Lectura del texto*

Lee de forma pausada para captar qué dice el texto



#### *Meditación*

¿Qué me dice el Señor en este encuentro?



#### *Oración*

Respondo al Señor, de corazón a corazón



#### *Compromiso*

Salto a la vida con otra actitud

Como resumen del texto, unas breves cuestiones a la luz del Espíritu en oración y diálogo con el Señor.

- ✓ ¿Quiénes son, hoy día, los que anuncian a Cristo vivo y resucitado?
- ✓ ¿Es la FE PASCUAL un motivo de alegría para mí?
- ✓ Observo la experiencia del discípulo amado que “vio y creyó”. ¿A qué lugares, personas o situaciones debería mirar para ver a Cristo y creer en Él?
- ✓ Toma una imagen del Resucitado, la que más te guste, puedes contemplarla y preguntarte ¿verdaderamente creo que murió y resucitó por mí?
- ✓ En la sociedad actual, en nuestro entorno ¿dónde, cuándo y cómo encontramos a Cristo vivo en medio de nosotros?
- ✓ ¿Cómo hago para ser mejor discípulo/a y misionero/a?
- ✓ Las piadosas mujeres se preguntaban ¿“**quién nos quitará la piedra del sepulcro**”? (Mc 16, 3) Cuántas veces esa imagen bíblica de la “piedra” nos evoca las dudas, la falta de confianza para creer, el corazón de piedra, etc.
- ✓ ¿Conoces la oración de San Agustín: «¡Tarde te amé! Hermosura tan antigua y tan nueva. (...) Me llamaste y clamaste y quebrantaste mi sordera; brillaste y resplandeciste y curaste mi ceguera (...) Tú estabas dentro de mí y yo te buscaba fuera». San Agustín (Confesiones, libro 7)
- ✓ Podemos concluir nuestra *Coloquio* final con Jesús.